

El Eco de Cartagena

Diario de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

El silencio de los pinos...

El itinerario es de una vistosa fantástica. Por senderos de lácteo fulgor crece el vehículo entre oleaje caudaloso de la vega espléndida. El astro derrama la bendición de su luz sobre el encanto de este rico tapiz, que, unos dedos magos tejieron, cariñosos en rival porfia con los variados destellos de pulidas esmeraldas. Bajo el azul transparente del cielo algunas aves, como garzotas, canoras surcan el espacio como flechas rápidas. Soplos de aromada brisa arrullan mansamente la quietud solemne de la hora. Populáceo a intervalos el discreto rumor del agua en los cauces próximos. Están allí, arriba de la vegetación exuberante, palmeras dispersas, en número infinito, despliegan el abanico de sus ramas curvas, con balanceo gentil. Una voz fresca de timbre femenino rasga súbita los aires y su eco nos transmite la pereza rítmica con que modula sus cantos la descendencia de Agar. La tierra banase toda en la voluptuosidad de una tarde duce.

Inmediato al término de nuestra ruta férvida, al sol incendia la cúpula de las cumbres cerceanas, y torna deslumbrantes los santuarios familiares, los refugios pintorescos, escalonados a sus pies. Y en el horizonte distaño, como una creación de la maravilla giratoria, asomando la gracia firme de una torre bermeja, cuadrada y sólida, sobre el hechizo de un edén.

El carruaje hace alto frente a la verja de la finca suntuosa. Antes de franquearla nos hemos parado durante unos segundos para embriagar nuestros sentidos con esta bellísima perspectiva de fisonomía oriental.

Unos eucaliptos gallardos salen a nuestro encuentro, y de su follaje murmuran desolando el consuelo de una caricia tónica. Nos sonríe al paso la simpatía de los pinos adolescentes, cuyo recuerdo, en la noche no remota oredó con la ternura de su bálsamo el hemisclero del parlamento.

¿Qué dirán sobre los pinos? Nos hemos interrogado, al avanzar con discreto silencio en que se halla el ex-ministro inepto. Saludamos a nuestro querido paisano, con una cordialidad simpática. Al tándernos su diestra, sentimos que la figura del señor La Cierva produjo una sensación de lozang...

nitid saludable, que nos colma de placer. Anhelabamos mucho tiempo departir con el político afamado, en un coloquio íntimo. ¡Son tan interesantes siempre los juicios, las expresiones, y hasta los gestos, de don Juan! Y ésta tarde, en el deleite de un crepúsculo sin paralelo; ante un océano de verdores que se aluenga y esfuma en la lejanía de la capital amada; sin otro confort que un amigo entrañable, nos ha sido dado saborear una larga y aménisima plática con él.

¿Quién ha urdido la leyenda de que éste ilustre hombre público es insensible a todo impulso de nobleza y de perdón? Hacia go, por su espíritu acrisolado, es la benevolencia el matiz sobresaliente de su cabalísima personalidad. Pero las realidades de la política a us; la ambición sin éxito; la envidia sin hartura, y una propaganda carente de contenido ideal, desdibujan los rasgos característicos de éste adalid de las buenas costumbres, quien solo sueña para su patria con una era de riqueza, de progreso y de paz.

—¿Qué sortilegio es el suyo —nos permitimos insinuar al patriota eximio que a medida que arrecian contra usted los ataques engruesan las huestes que se rinden a su caudillaje, o se entregan a su devoción?— Don Juan apostilla estas lisonjeras frases con una vaga sonrisa de complacencia, y desviando el curso de la iniciada charla esteriliza habilmente nuestra curiosidad. El popularísimo tribuno ha venido aquí por solazarse; por apretar los vínculos que le unen con sus leales, sus admiradores y sus conocidos; por henchirse de ambiente local; por readquirir en la calma de estos días plácidos los vigos derrochados en el ejercicio de la abogacía y en sus resonantes campañas dentro y fuera de las Cortes. Nos habla entonces de su amor a Murcia; amor efusivo, exaltado, en servicio de la cual viene poniendo el rendimiento de su inteligencia y el entusiasmo de su portentosa voluntad. ¿Habrá quien ose poner en duda que todas las mercedes, todos los beneficios logrados en obsequio de la provincia son debidos a la iniciativa, o al celo, o al entusiasmo del señor La Cierva?

Y nuestra admiración por los triunfos del político, que nos regó la victoria de la batalla, no, preclara por haber...

de don Francisco Frutos Valtente, obispo electo de Jaca, enamorado asimismo del terruño natal.

Siempre amable, don Juan nos invita a un paseo hasta los confines de su mansión veraniega. Ornato del parque es un asiento caprichoso de lindos baldosines, en cuyo alto respaldo animase, un pasaje de las Cantigas del Rey Sabio, reproducido en fina cerámica. Otros motivos artísticos ponen sobre la poesía que nos circunda un sello de distinción. El señor La Cierva no disimula, ante el espectáculo de estas fuentes magníficas, una impresión de sosiego y de bienestar.

Insistimos en obtener del señor La Cierva alguna palabra de secreta actualidad, alguna confidencia de privilegio.

—Usted—admirado don Juan—ha conseguido atraer hacia su intervención en la política española las miradas de millones de ciudadanos. Sa le discute, de ordinario, con apasionamiento; se glosan siempre sus discursos; se espían sus actitudes. Luego de las tempestades que alza su probidad irreductible y su rectitud inquebrantable, recreante a las veces el oído los aplausos de sus más encarnizados adversarios. Su minoría es muy importante. En usted sigue cifrando la gente, ansiosa de cultura y de orden, sus únicas esperanzas. ¿Qué le resta, pues, para erigirse en guía de la nación y subir hasta la cima de su antigua grandeza?

El señor La Cierva, emudece, dilata su semblante en un gesto de natural distracción. Nosotros hemos querido adivinar en ésta reserva una respuesta que tal vez nunca habría llegado a proferir:

—Todavía no ha venido mi hora...

Don Juan acaricia las ramas de una mimosa y absorbe ávido su fragancia sutil. Después se detiene un punto frente a los pinos históricos. Diríase como si escuchara una voz misteriosa, emitida únicamente para él...

Obligadísimo a sus atenciones, hemos reintegrado al eminente político en su grata soledad. —¿Qué dirán los pinos?—repetimos: Los vientos del otoño sacudirán sus cabelleras juveniles, y acaso entonces podrá conocer el país los motivos de su silencio...

José Riera.

Señor Mora

Cuando se va la levita y el sombrero de copa y un entuerto, se lleva también el alma. No hay derecho a poner un rictus en la representación del pueblo de Cartagena...

En el Aeródromo de los Alcázares

Horrible catástrofe

Muerte del teniente Jesús Torres

La primera noticia En el aeródromo de Los Alcázares ocurrió ayer a las siete menos cuarto de la tarde, un terrible accidente de aviación, que costó la vida a un cartagenero, el ilustrado teniente de Intendencia, don Jesús Torres Aguilar, que hacía pocos meses estaba destinado a dicha escuela y que venía demostrando en sus prácticas una seriedad y pericia que le hacían distinguir entre los demás alumnos.

La primera noticia del desgraciado suceso, se tuvo en Cartagena por nuestro compañero de redacción, don Justo Soler, que veranea con su familia en Los Alcázares. El señor Soler tan pronto ocurrió el accidente, lo comunicó por teléfono a la Redacción y como el periódico estaba ya en la calle, nos apresuramos a darla a conocer del público por medio de nuestra pluma.

Otro de nuestros redactores, el señor Mateo, dió la noticia al Ayudante del Gobernador Militar de la plaza, jefe del Estado Mayor del Departamento y al Comisario Interido de policía.

Como ocurrió el accidente

Durante el día de ayer, el teniente don Jesús Torres había realizado tres magníficos vuelos con uno de los aparatos «Audón», que hace unos cinco días fueron traídos desde Madrid para el servicio de esta Escuela de Aviación y que vinieron tripulados, por el capitán francés Miguel Saliz y por el capitán de caballería don Roberto White.

Ayer tarde, después de varios otros vuelos los oficiales alumnos, subió nuevamente el señor Torres al aparato «Audón», elevándose en novedad y recorriendo unos quinientos metros a una altura de veinte metros.

De repente al intentar virar para dirigirse al aeródromo, perdió el aparato la estabilidad y sin que el piloto pudiera hacer maniobra alguna que evitara el accidente, cayó a tierra, dando tan fuerte golpe, que quedó convertido en astillas.

Cuantos presenciaron el trágico suceso, acudieron inmediatamente en auxilio del infortunado aviador cuyo cuerpo exánime hubo que extraer de entre los restos del aparato.

Los primeros auxilios

Trasladado el desgraciado oficial a las dependencias del aeródromo, fué reconocido por el personal facultativo del mismo, apreciándosele una profunda herida en el pecho, ocasionada por el volante.

Los auxilios de la ciencia que con todo celo se le prodigaron, resultaron inútiles pues la muerte debió ser instantánea.

Escena de dolor

La familia del desgraciado teniente se hallaba presenciando los vuelos y al ver caer el aparato acudieron presurosos al Aeródromo, donde en los primeros momentos se les trató de ocultar la gravedad de lo sucedido.

Después, ya no fué posible y la desventurada esposa, y el pobre padre, se apresuraron al cadáver, desarrollándose una conmovedora escena.

La capilla ardiente

En uno de los departamentos del Aeródromo fué instalada la capilla ardiente, por la que desfilarán nume-

ras personas de la colonia veraniega. Velaron el cadáver los profesores y alumnos de la Escuela de Aviación.

Traslado del cadáver

Esta mañana en el camión automotor del Aeródromo, ha sido trasladado el cadáver del malogrado teniente don Jesús Torres al Anfiteatro militar de esta plaza.

Allí hemos visto al afligido padre don Mariano Torres cuyo dolor emocional abarcaba a todos, al padre político don Francisco del Cerro y a otras personas de su familia.

El entierro

A las once se ha organizado la fúnebre comitiva, con asistencia de numerosas comisiones militares y amigos particulares del finado.

El féretro envuelto en la bandera nacional fué escoltado del Anfiteatro de aviación por compañías del regimiento oficial y depositado en el coche en el cual fueron colocadas dos hermosas coronas una de las J. J. y oficiales de Intendencia y otro de los profesores y alumnos de la Escuela de Aviación.

Presidieron el duelo, el Capitán General del Departamento don Juan de Carranza, el Gobernador Militar de la plaza, general López, el Comandante general del A. S. don Julián Pérez de Ayora, el Teniente Coronel de Intendencia, don Bernardo Juan Barriol, el Jefe de Estado Mayor del Departamento señor Manchón; el Capitán Valencio, jefe del Aeródromo y el padre político señor del Cerro.

La banda de música del Regimiento de Sevilla corraba el cortejo, interpretando escogidas marchas. Durante el paso de la comitiva realizó diferentes vuelos el capitán francés Miguel Saliz tripulando un biplano «Avro 500» y arrojando flores sobre el coche fúnebre y aterrizando en el Almirante.

La víctima

El desgraciado teniente don Jesús Torres tenía 24 años y hace cuatro que terminó sus estudios en la Academia de Ingenieros de Aviación destinado al Parque de Artillería de esta plaza.

Luego marchó a Ceuta, destinado a la Jefatura de Transportes de Intendencia, prestando servicio durante un año a bordo del remolcador «Santa Teresa».

En Febrero de este año ingresó en la Escuela de Aviación, en la que estaba considerado como uno de los alumnos más valientes habiendo sido dado de alta hace dos meses.

Recientemente había contraído matrimonio con una bella señorita, doña Luisa del Cerro.

Su muerte ha causado general sentimiento en esta ciudad.

Descanse en paz el infortunado aviador.

Funeraria del Carmen

La más barata de Cartagena. Servicio permanente Calle del Carmen número 43. Frente a la calle de Casado.